

Centrópolis®

El Periódico del Centro de Medellín



Bomboná · Boston · Calle Nueva · Colón · Corazón de Jesús · El Chagualo · Estación Villa · Guayaquil · Jesús Nazareno · La Candelaria · Las Palmas · Los Ángeles · Perpetuo Socorro · Prado · San Benito · San Diego · Villanueva



El centro de lo único
Memorias de lo que solo pasa aquí



Con la llegada de los relojes electrónicos, que son los que predominan en el mercado, el oficio de reparar péndulos, relojes cucú o máquinas tradicionales ha quedado relegado a unos pocos. Son ellos quienes se encargan de mantener viva esta tradición.

En esta edición

El museo del collage, un oasis en el centro | 4 y 5

Libros leídos, un arte que también es negocio en el centro de Medellín | 6 y 7

Vestigios del tiempo: relojeros & anticuarias del centro de Medellín | 8 y 9

Eclecticismo bajo la luna | 10 y 11

Cine en el centro: desde el esplendor hollywoodense hasta las salas x | 12 y 13

Agité Teatro y el encanto de un espacio cultural subterráneo que no irá más | 14 y 15

La calle de las zapaterías, años de tradición y reconocimiento | 16 y 17

Dany, la heredera | 18

ISSN 1692-813X

Director: Jorge Mario Puerta Soto

Comité Editorial: Carlos Restrepo Mesa (vicepresidente Corpocentro), Edal Monsalve (consejero comunal de Planeación Local, comuna 10 La Candelaria), Juan David Belalcázar (director de la Alianza Cultural por el Centro), Carlos Mario Sánchez (docente), Davis Zapata (Alcaldía de Medellín), Manuela Noreña (edil comuna 10), Jorge López (presidente JAC Villanueva), Carlos Maya (habitante del centro).

Editora: Vanessa Martínez Zuluaga.

Periodistas: Andrés Puerta, Vanesa Restrepo, Luisa Fernanda Rodríguez y Juan Moreno.

Fotógrafos: Omar Portela, Giuseppe Restrepo y Juan Fernando Ospina.

Diseño y diagramación: Carlos Mario Mazo.

Síguenos en:

www.centropolismedellin.com

Twitter: @Centropolis_med

Facebook: Periódico Centrópolis

Instagram: @centro_de_medellin

Envíanos tus comentarios

y sugerencias al correo

comunicaciones@corpocentro.com



Alcaldía de Medellín

Este medio es apoyado parcialmente con dineros públicos priorizados por habitantes de la Comuna 10 – La Candelaria, a través del Programa de Planeación del Desarrollo Local y Presupuesto Participativo de la Alcaldía de Medellín.

El museo del collage, un oasis en el centro

Este patrimonio cultural de Medellín lucha contra las humedades que amenazan sus obras, al tiempo que busca abrir nuevos espacios.

Por: Vanesa Restrepo
Fotos: Giuseppe Restrepo

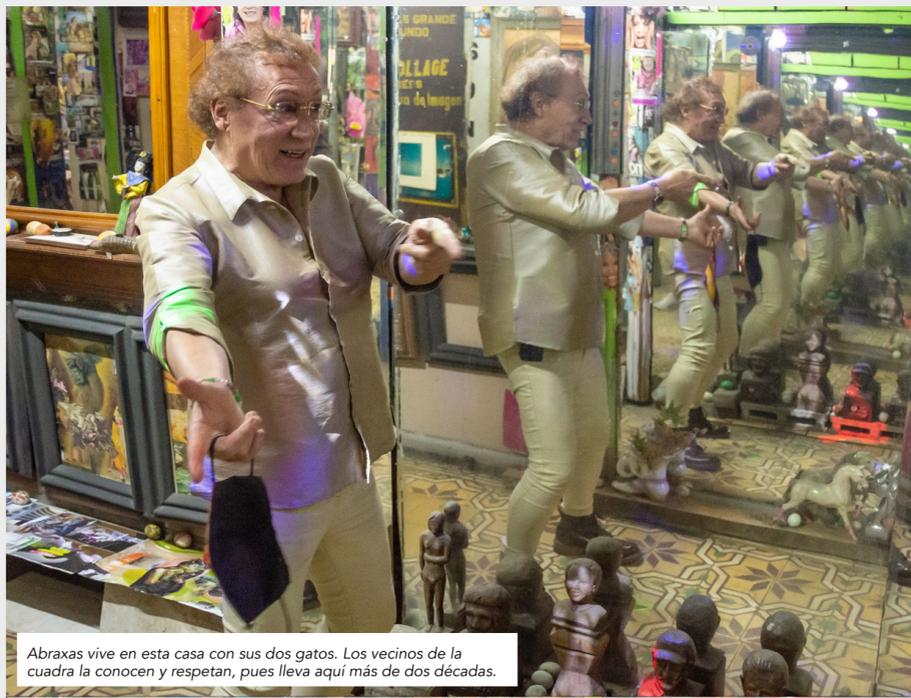
Érase una vez una artista que amaba tanto el collage que decidió convertir su vida en uno. Se llama **Abraxas Aguilar** y desde hace más de 20 años alterna su profesión —el derecho— con el arte de componer obras uniendo imágenes, fragmentos, objetos y materiales de procedencias tan diversas como el universo mismo.

En algunos diplomas colgados en la pared de la casa museo, Abraxas aparece como **Jorge Hernán Betancur Aguilar**, un hombre que también estudió teología, escribió libros de derecho y filosofía, y que incursionó en la política: fue concejal de Medellín en varios periodos, candidato a la Gobernación de Antioquia (2000) y a la Presidencia de la República (1998), esta última con el aval del movimiento de Regina 11. Luego, cuenta, se “*trans-formó*” en ella.

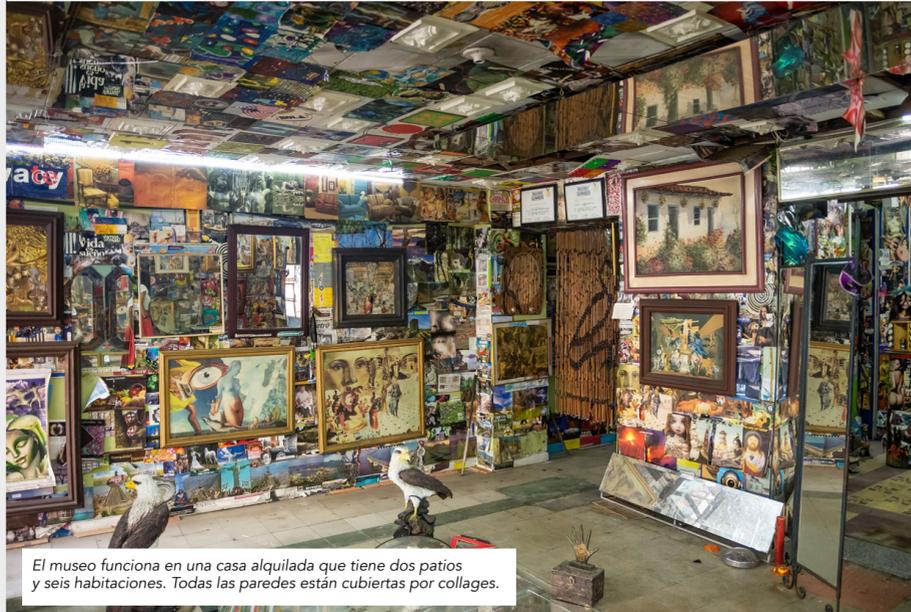
El museo está ubicado en una casona enorme a pocos metros de la esquina de La Paz con Balboa. Las paredes están hechas de una tapia que solo se ve en las esquinas donde la humedad arrasó con las capas de collage. Al fondo, como si fuera un pasaje onírico, esconde un patio convertido en escenario y rodeado de palmeras, hojas de papayo y cordoncillos con un piso en mosaico, sillas blancas y luces llamativas. Alguna vez hubo un café y un bar, y el plan es que alguno de los dos reviva.

Y aunque adentro no se siente el ruido propio del centro, la casa no es ajena a los problemas del sector: el segundo piso fue tomado como centro de trabajo de varios recicladores que, según Abraxas, han deteriorado la propiedad. Como consecuencia, algunas láminas del techo se han ido desprendiendo y el polvo que sueltan se ha adherido a una veintena de espejos que forman el collage virtual de la primera sala. Aún así, la magia de la obra se conserva: “*Párate en la esquina y mira hacia arriba*”, dice ella mientras se ubica frente a otro espejo. “*Ahora mira hacia abajo*”, agrega, y su reflejo aparece como si estuviera en un sótano muy iluminado. Luego camina hacia otro espejo en la pared y repite: “*estoy aquí y estoy allá (en el espejo). ¿Cuál de los dos es real? ¿Cómo podemos estar seguras de eso?*”.

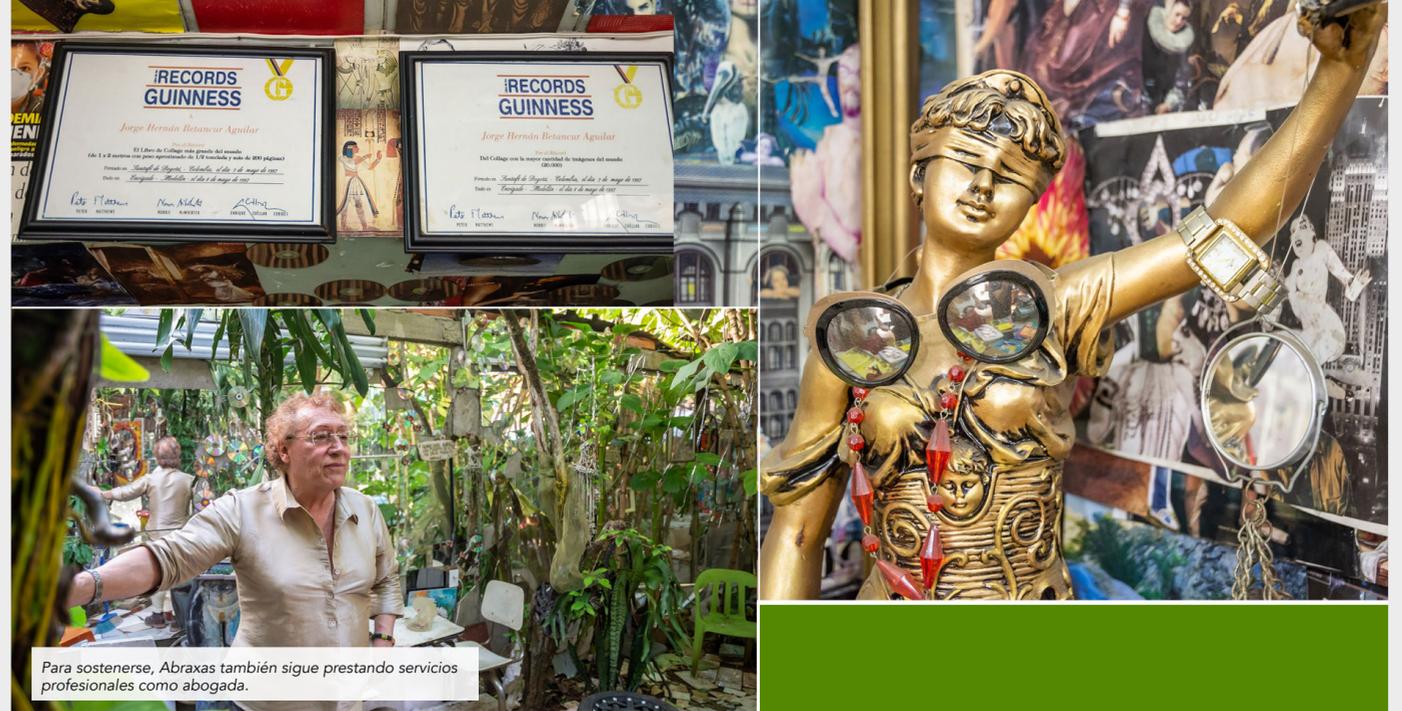
En los pasillos y ventanas hay cabezas de muñecas, huevos de todos los tamaños, colores y materiales —¿Qué fue primero, el huevo o la gallina?, pregunta la artista—, maniqués con ropas hechas de plantas vivas, y hasta trozos de lo que alguna vez fue una bicicleta.



Abraxas vive en esta casa con sus dos gatos. Los vecinos de la cuadra la conocen y respetan, pues lleva aquí más de dos décadas.



El museo funciona en una casa alquilada que tiene dos patios y seis habitaciones. Todas las paredes están cubiertas por collages.



Para sostenerse, Abraxas también sigue prestando servicios profesionales como abogada.

Después de las preguntas que causan risas nerviosas, vienen los formalismos. Abraxas explica que el collage es una técnica en la que las imágenes y los mensajes son intervenidos, reinterpretados y recontextualizados. “*Yo amo lo que hago porque es como el mundo: todo está adherido, es una cadena de ‘pegoticos’; nuestro cuerpo es un collage, cuando me visto hay otro collage*”, agrega.

Toda la casa es una obra, la más grande de su tipo en el mundo y así lo certifican los dos récord Guinness que obtuvo en 1997. El primero por el libro de collage más grande del mundo: con 200 páginas, media tonelada de peso y un tamaño de 1x2 metros; y el segundo, por el collage con la mayor cantidad de imágenes del mundo: 20.000, contadas una a una por el jurado.

Un futuro incierto

El museo fue declarado patrimonio cultural del municipio hace cuatro años y la cantidad de visitantes aumentó con recorridos guiados promovidos por entidades como Comfama, algunos guías locales y agrupaciones como **La casa de los oficios**. Incluso las universidades venían asiduamente a analizar la obra y la técnica, pero la pandemia llegó y Abraxas, como todos, tuvo que cerrar.

Cuando la casa reabrió sus puertas, muchos volvieron pero el ritmo aún no se recupera: hay menos recorridos, cada tour se hace con menos personas y cada tanto alguno se cancela por imprevistos. Pero ella no se rinde.

Durante este tiempo construyó el escenario del patio y creó dos nuevos libros de collage que mezclan figuras humanas con mensajes recortados de libros, revistas, enciclopedias y anuncios. Sin embargo, contra el deterioro de la casa no hubo nada que pudiera hacer. “*Esto se está deteriorando y yo estoy pidiendo ayuda porque es un patrimonio cultural, pero nadie me para bolas*”, agrega.

Fuentes de la alcaldía reportaron que aún no se ha encontrado una solución para este museo, por

las particularidades que tiene: está instalado en una casa alquilada, difícilmente puede ser trasladado (pues las imágenes están adheridas a las paredes) y no hace parte de la Mesa de Museos de Medellín, entidad que agrupa a 23 museos de la ciudad y al gobierno local. “*La reactivación del sector cultural apenas está despegando. Seguramente en los planes de promoción de los circuitos turísticos del centro sea incluido*”, dijo una de las fuentes.

Y como las ayudas no llegan, una de las salas del museo sigue funcionando como consultorio jurídico. El cuadro no puede ser más particular: cientos de libros y códigos de derecho se mezclan con collage de contenido sexual y diplomas de varias universidades. Y en una de las esquinas, una figura de la Dama de la Justicia, con gafas de sol y un reloj vigila todo lo que sucede.

Para **Mariana Gómez**, estudiante de artes plásticas de Medellín, esta propuesta artística rompe los esquemas tradicionales y por eso es difícil que se adapte a cualquier molde. “*Allá no hay colecciones temporales o guiones establecidos. La obra nace y se transforma frente a los ojos del público, y la lectura que cada espectador hace está influida por la forma en la que ve al mundo*”, dice.

A pesar de los problemas, Abraxas tiene la mente en el futuro: quiere volver a abrir un bar o café en el patio de su casa, para conseguir nuevos ingresos y mayor actividad. Su meta es dejarle a la ciudad más de 8.000 cuadros de collage, además del libro gigante que está en reparación porque la humedad casi destroza los cartones de la base.

Un recorrido diferente

Cada tour por la casa museo World Guinness Record es una experiencia única, pues los visitantes pueden interactuar con las obras, ver, crear y recrear, así como escuchar las historias de político y abogado, o de artista y bohemia.

Caminar las seis habitaciones, dos patios y el baño de la casa museo puede tomar entre 30 minutos y tres horas: todo depende de la cantidad de preguntas que hagan, de la intención del espectador de interactuar con los objetos o de la cantidad de selfies que quiera sacarse. “*Aquí las fotos no se toman, se hacen*”, dice cada tanto Abraxas, quien no pierde oportunidad para sugerir los rincones más fotogénicos.

La conversación se torna divertida porque, además, Abraxas es como una enciclopedia andante: cada tanto suelta datos —el número de orquídeas que existen, la cantidad de huesos, músculos y células que tiene el cuerpo humano— que causan sorpresa y ante la cara de incredulidad, siempre responde: pregúntele a Google. Durante dos horas de conversación con CENTRÓPOLIS, no dio un solo dato errado.

Libros leídos, un arte que también es negocio en el centro de Medellín

Por: **Vanesa Restrepo**

Fotos: **Omar Portela**

En un solar del **pasaje La Bastilla** en el centro de Medellín, en medio de bares y almacenes de ropa femenina, se construyó hace casi 20 años el **Centro Comercial del Libro y la Cultura**, un edificio de tres pisos dedicado a la compra y venta de libros, en su mayoría usados, y de discos en formato LP.

Fabio Gómez, un vendedor de libros usados, fue uno de los últimos en llegar y por eso le asignaron un local en el segundo piso: el 210. Él, que aprendió el oficio de su padre, nunca se atrevió a ponerle nombre a la tienda y se dedicó a intercambiar textos escolares y enciclopedias hasta que llegó Internet y las editoriales empezaron a hacer convenios con los colegios y entonces él, que se lee un libro cada tres años, tuvo que empezar a vender clásicos de la literatura universal.

Un viernes lluvioso de 2020, pasadas las cinco de la tarde, Fabio ya tiene cerrada su tienda pero sigue en el centro comercial porque desde hace unos días administra otros dos puestos de libros, **Oráculo y Atenea**, de propiedad de unos amigos. “*Es que viene tan poquita gente al segundo piso, que hasta me da tiempo de manejar los tres. Los que llegan son esos clientes de toda la vida*”, dice.

En efecto, mientras en el primer piso los compradores tienen que caminar de lado para poder pasar de un local a otro, en el segundo, la mayoría de las tiendas ya tiene la persiana cerrada. Muchas son usadas como bodegas por otros comerciantes que prefieren seguir en la calle, donde tienen al cliente más cerca.

En un local el dueño se dedica a jugar ajedrez, mientras Fabio mira por la ventana, aguardando la hora de cierre. La única librería que tiene clientes es **Pigmalión**, dos locales después de la silla de Fabio. Detrás del mostrador está **Augusto Bedoya**, un hombre flaco y canoso que discute con dos jóvenes que tienen varios libros en la mano. Él es uno de los nuevos en el edificio: apenas lleva 10 años con su tienda aunque hace más de 30 que vive de los libros y del centro.

“*Yo empecé a venir aquí antes de vender libros, cuando estaba muy chiquito. Los libreros se hacían en Flamingo, entre Ayacucho y Pichincha, en plena calle y con escaparates pegados a la pared. Luego los llevaron a la plazuela Uribe Uribe y yo los seguí, y después construyeron esto y yo ya vendía libros, pero de manera informal*”, agrega.

En una calle que tomó su nombre de un café, se puede vender o comprar prácticamente cualquier libro.



En La Bastilla conviven dos tipos de libreros: los comerciantes que venden solo aquellos libros que están de moda, y los intelectuales y bohemios que además de comerciar con ellos, disfrutan leyéndolos.

Una segunda vida

Aquí no solo se venden libros, también se compran. Los clientes van desde recicladores que encuentran tesoros entre las bolsas de basura de los barrios de estrato alto, hasta los universitarios varados que necesitan plata.

“*Sucede mucho que muere el padre, gran lector, y deja una gran biblioteca pero a los hijos no les gusta leer y salen a venderlos. O también vienen los que quieren vender porque se van de viaje o porque llega la crisis. Hay gente que llega casi llorando: vea mis libritos, los voy a tener que vender*”, explica Augusto.

Aquí esos libros entran en dos categorías: los huesos, aquellos que nadie sabe cuánto tiempo podrán estar en las estanterías hasta que alguien los descubra; y las muelas, textos de autores muy conocidos que se venden fácilmente y le dan al librero “*la papita*”. Pero Augusto dice que no siempre la fórmula funciona y por eso cree que los libros tienen su propia magia.

“*A veces me traen una pila de huesos y una muelita y yo cifro las esperanzas en la muela, y resulta que vendo primero algunos huesos*”, dice y suelta una carcajada.

Al otro lado del mostrador **Arley Ochoa** cuenta que desde hace dos años visita la tienda de Augusto porque sabe que tiene libros poco comunes, porque es un buen conversador —su amistad surgió luego de una búsqueda de *El Capital (Karl Marx)* y una discusión sobre teología de la liberación— y porque, además, aquí le reparan los libros.

“*Lo hago para pasar el tiempo, entonces es con mucha paciencia. Eso sí, me quedan muy bien*”, interrumpe el librero que a esta hora ya se está fumando un cigarrillo.

Y aunque todos los vendedores dicen que se consigue de todo, hay tesoros que aún se dejan descubrir. Don Augusto cuenta que desde que empezó en el negocio está buscando un ejemplar de *Salambó*, una novela de Gustave

Flaubert que habla de la fundación de Cartago. La edición que quiere solo la vio en su infancia en la biblioteca de su papá y la recuerda porque tiene unas ilustraciones en las que aparece la protagonista desnuda. Durante su adolescencia él arrancaba las imágenes y las escondía entre los cuadernos y, claro, el libro no sobrevivió.

Lo que dicta el mercado

Augusto y Fabio coinciden en señalar que la literatura clásica es una de sus mayores fuentes de ingresos. Pero el propietario de **Pigmalión** reconoce que hay ciclos muy particulares que pueden estar influenciados por cosas tan distintas como la muerte de un autor o la entrega de un premio de literatura.

“*Hace algunos años lo que más se vendía era Borges y Cortazar. Luego vino una ola de Kundera y de pensadores clásicos, especialmente rusos, como Dostoievsky y Tolstoi. Eso sí, cuando se murió Gabo, todos querían leerlo y cuando le dieron el Nobel a Vargas Llosa, eso era lo único que se vendía*”, dice mientras resalta, mirando sus libros, que “este no es un pueblo muy lector”, pero que sí tiene una inmensa minoría muy fiel.

Con la llegada de la pandemia, los libreros tuvieron que mudarse a espacios digitales aunque muchos de ellos son ajenos a esa tecnología. Fabio dice que no lograba vender mucho, mientras don Augusto confiesa que logró asociarse con dos vecinos que sí sabían más del tema y así logró sobrevivir a la cuarentena.

Aún así, la mayoría de los 70 comerciantes que aún tienen su local aquí, dicen que están lejos de recuperarse económicamente. “*Aquí hay días buenos y días muy malos. Uno sigue por amor a los libros*”, sentencia Augusto.

Peró no todos piensan igual. Incluso desde antes de la pandemia varias librerías de libros usados o leídos habían abandonado el centro por problemas de seguridad o económicos.

Entre 2014 y 2015 más de cinco librerías cerraron o se mudaron al occidente, como **Palinuro**, que dejó la esquina de Córdoba con Perú; **Los libros de Juan**, que se fue a La Castellana; y la **Científica**, que dejó Junín y se quedó en un centro comercial de Laureles. Otras como **La Nueva y Dante** cerraron definitivamente.

El secreto para sobrevivir, dice Augusto, está en la pasión: “*Esto tiene sus altibajos pero de hambre no nos morimos...eso sí, tampoco vamos a conseguir plata*”



El precio de un libro leído varía según sus características: qué edición es, en qué estado está y qué tantas personas lo quieren leer.

El Centro comercial del libro y la cultura alberga más de 70 librerías en dos pisos. En el tercero funcionaba hasta hace poco una cafetería.

Una historia con aroma de café

Hace un siglo la calle La Bastilla, esa insignia de los libros en Medellín, no existía. O bueno, sí estaba pero no tenía ese nombre y estaba poblada por bares y borrachos, hasta que en 1919 don **Hipólito Londoño Mesa** decidió tomar una de las casonas y montar un café en el que además sonaban tangos. Lo llamó **La Toma de La Bastilla**.

No pasó mucho tiempo hasta que ese sitio se convirtió en el preferido de la élite intelectual de Medellín. **Ernesto Gómez**, uno de los visitantes, contó en sus escritos que **Tomás Carrasquilla** solía bocetear sus obras en las mesas de La Bastilla, y que a su lado podían estar **León de Greiff**, **Ciro Mendía**, **Eladio Vélez**, **Efe Gómez** y **Pedro Nel Gómez**. Casi siempre tomaban café, pero a veces también llegaba el aguardiente y las conversaciones se extendían hasta que llegaba la madrugada.

Luego llegó una tostadora y el café La Bastilla empezó a venderse por toda la ciudad. El café cerró sus puertas en 1973 y la fábrica fue vendida a la empresa Nacional de Chocolates a finales de los 70.

El nombre, los libros y los intelectuales se fueron, pero hace casi dos décadas volvieron con la renovación urbana del pasaje comercial.



Al caminar por la carrera Carabobo, además del bullicio, los remates de "todo a \$5 mil" y la gente caminando apresuradamente, se puede apreciar ahí con una pasividad pasmosa a **Ramón Emilio Mando**, un hombre que por 19 años se ha dedicado a encontrar objetos antiguos y darles una segunda oportunidad.

Vestigios del tiempo:

Relojeros & Anticuarias

del centro de Medellín

Fotos: Giuseppe Restrepo



Manuel Ocampo se define a sí mismo como un anticuario, lo certifican unos 40 años dedicándose a este oficio. Toda clase de porcelanas, de distintas épocas, hacen perfecta sincronía en sus estanterías.

Por toda La Candelaria se dispersan quienes se dedican a oficios en los que el tiempo es sin duda un referente. Por un lado, están los que con extrema minucia reparan piezas elementales de la vida cotidiana, por el otro, están quienes ven en el paso del tiempo un tesoro.



Alonso Berrío, todos los días desde hace 50 años, llega a su negocio en la calle Maturín, muy cerca de la estación San Antonio del Metro y con extrema precisión se encarga de devolverle su curso a cualquier reloj.



Ivo Correa es relojero desde 1981. Su especialidad son los péndulos: los enormes relojes de piso al estilo grandfather, los discretos y elegantes modelos de mesa o pared, los relojes cucú, los péndulos de pesas y hasta máquinas tradicionales de madera de más de 150 años.



Han pasado 17 años desde que **Heriberto Agudelo** se dedica al extraño arte de atesorar objetos que algunas personas van desechando, pero que para otros son verdaderos tesoros. Su especialidad son los radios y relojes de pared.



Anderson Urrego, significativamente más joven que sus colegas, dice haber heredado el oficio de su padre, José María Urrego, quien le enseñó todo lo que sabe sobre esta labor que se va quedando sin aprendices.



Gerardo Abad Salazar es relojero y no escatima en decir que es un enamorado de su oficio, al cual le ha dedicado 32 años de su vida. Hace 20 años tiene un puesto en Parque Berrío y no concibe sus días sin llevar un reloj en su mano. "No entiendo como hay gente que no usa reloj", agrega curioso.

Eclecticismo bajo la luna

La Casa de la Luna está ubicada en la calle San Juan entre Niquitao y El Salvador. Funciona de jueves a sábado, así como los domingos antes de puente.

Por: **Juan Moreno**
Fotos: **Omar Portela**

El Waze nos dijo que ahí era, pero no se veía más allá de una casa semiculta por dos árboles, una especie de palma tropical y otro parecido a una araucaria. La edificación está en el **barrio Las Palmas**, en donde la calle San Juan comienza a languidecer para morir en la frontera con El Salvador, después de pasar por el bulloso **Niquitao**. “Sí, esta casa queda en Las Palmas pero a mí me gusta decir que es en Niquitao, a ver qué cara pone la gente” cuenta **Alejandro González**, amo y señor del lugar desde hace unos 15 años.

La Casa de la Luna, como se llama el sitio, surgió casi que por generación espontánea, como muchas de las especies vegetales que pueblan el solar de la residencia. Alejandro, un ingeniero constructor egresado de la Universidad Nacional, se encontró con la casa de su bisabuelo **Roque Lopera**, que tiene aproximadamente 110 años de levanta-da y que compró cuando llegó desde Donmatías a hacerse la vida en Medellín. Lejos estaría Don Roque de imaginarse lo que es hoy el sitio, un centro cultural con dos ambientes, paredes decoradas por artistas locales, dotada de toda clase de mobiliario, barra de bar, sitio para asados, dos alta-res para DJ y hasta hostel, cuando la pandemia no había hecho de la suyas. El bisnieto la convirtió en uno de esos sitios en los que las tribus urbanas, colectivos, grupos y minorías forman la mayoría que hace la fiestas...Y qué fiestas.

¿Y cómo empezó?

En uno de sus cambios de vida, Alejandro habló con una prima segunda, que era la regente de la casa familiar hace unos 15 años. El lugar estaba abandonado pues la señora ya había trasladado su vida a un apartamento dos años atrás y él se la alquiló por 300 mil pesos mensuales. Cuando llegó a ver lo que había rentado se encontró con una casa fantasma compuesta por muebles cubiertos con sábanas, palomas a sus anchas por los techos y el solar enmontado. “Yo vi fue un palacio. El área (cerca de 400 metros cuadrados), la arquitectura, los techos, las paredes, el aire, el ambiente rústico e histórico, todo me pareció enamorado y aquí me vine a vivir con mi pareja de ese entonces, una actriz de teatro, y a darle un nuevo giro a mi vida. La primera noche en la que me quedé la luz de la luna llena entraba por todos los rincones de la casa y desde entonces fue La casa de la Luna”, agrega.

Él ya había tenido una experiencia similar con “La casa del sol”, un café lounge en el que participó con el fotógrafo **Hugo Gris** y en el que comenzó como mesero, después de cerrar una empresa que el mismo Alejandro había fundado en Laureles. “Ahí conocí la vida del centro. Un niño como yo de El Poblado, de Laureles y al que venir aquí le daba miedo de que lo atracasen. Pero vivir unos años en Europa me abrió la perspectiva del centro de las capitales y con esa idea vine a vivir al centro de Medellín”.

Al comienzo de todo, La Casa de la Luna era su hogar, pero los amigos empezaron a insistirle en hacer fiestas, los colectivos de djs querían hacer encuentros, el grupo **Black Sheeps** propuso hacer un encuentro artístico de performance temáticos y empezaron a programar eventos puntuales con pequeñas fiestas. “Ahí empecé a aprender cómo se organizaban estos eventos, la logística, lo que se necesitaba, quién vendía el licor, todo desde cero. Al principio cobraba como 200.000 pesos apenas por prestar la casa, hoy en día con toda la dotación y los servicios vale dos millones y medio”.

Los amigos artistas también tomaron las paredes como lienzo para plasmar sus talentos en la pintura. “Donchi”, uno de los muralistas habituales, dice que La Casa de la Luna es como su Capilla Sixtina. De ahí nació una pequeña área de la inmensa casona que funge como galería y en la que actualmente está colgada la obra posapocalíptica del caleño **Carlos Villegas** y el ilustrador bogotano **Monkey**.

La decoración

Tras cruzar un zaguán en la entrada se abre un patio cubierto en el que comienza a aflorar un eclecticismo vibrante, con una torre de televisores por aquí, una mesa redonda por allá y sillas que alguna vez albergaron espectadores de salas de cine, el ingreso a la habitación donde vive Alejandro con su pareja brasileña, una sala con polvorientas maletas

que hacen las veces de mesas de centro acompañadas por un desvencijado sofá, una tarima para djs con más mobiliario de plástico y telas, además de las paredes que recrean una escena de **Star Wars** con un **Supermán** como invitado mientras las notas del **drum and bass** inundan el ambiente. “Así parezca desordenado, todo cumple una función y tiene un porqué. Hay mesas que no tienen

ninguna silla a juego y cada silla tiene una historia. Aquí está el taburete en el que mi abuela hizo el bachillerato por radio y en el solar están las sillas que eran de la oficina de arquitectura de mi papá. Tengo seis neveras y más de 20 televisores que me han regalado. Mejor dicho, el 99% del mobiliario me lo han donado”.

Según la conveniencia de la fiesta, la cocina del solar, que está después de pasar el patio y la barra del bar, se puede ampliar a escenario y hay muchas zonas modulares que pueden convertirse en espacios de usos mixtos según el formato del espectáculo. Aunque la música que predomina es la electrónica, según el show se hacen fiestas tropicales, ochenteras, de tango, de jazz, lo que se necesite.

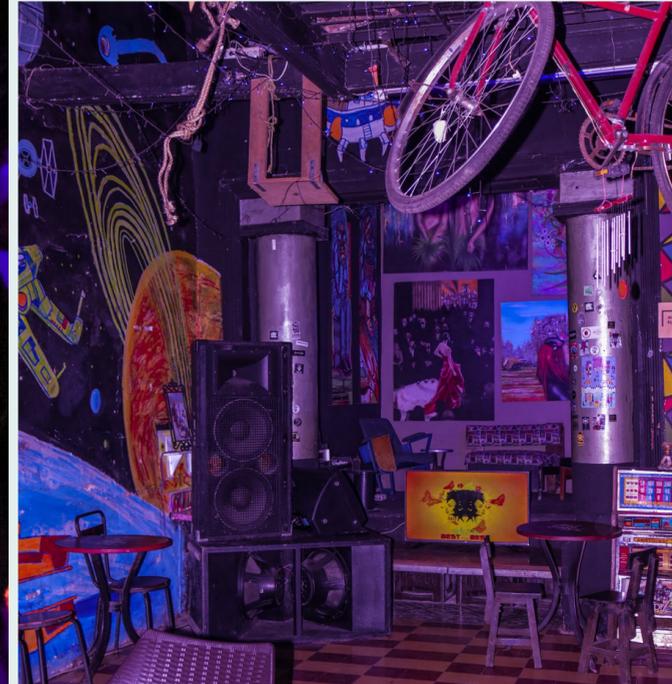
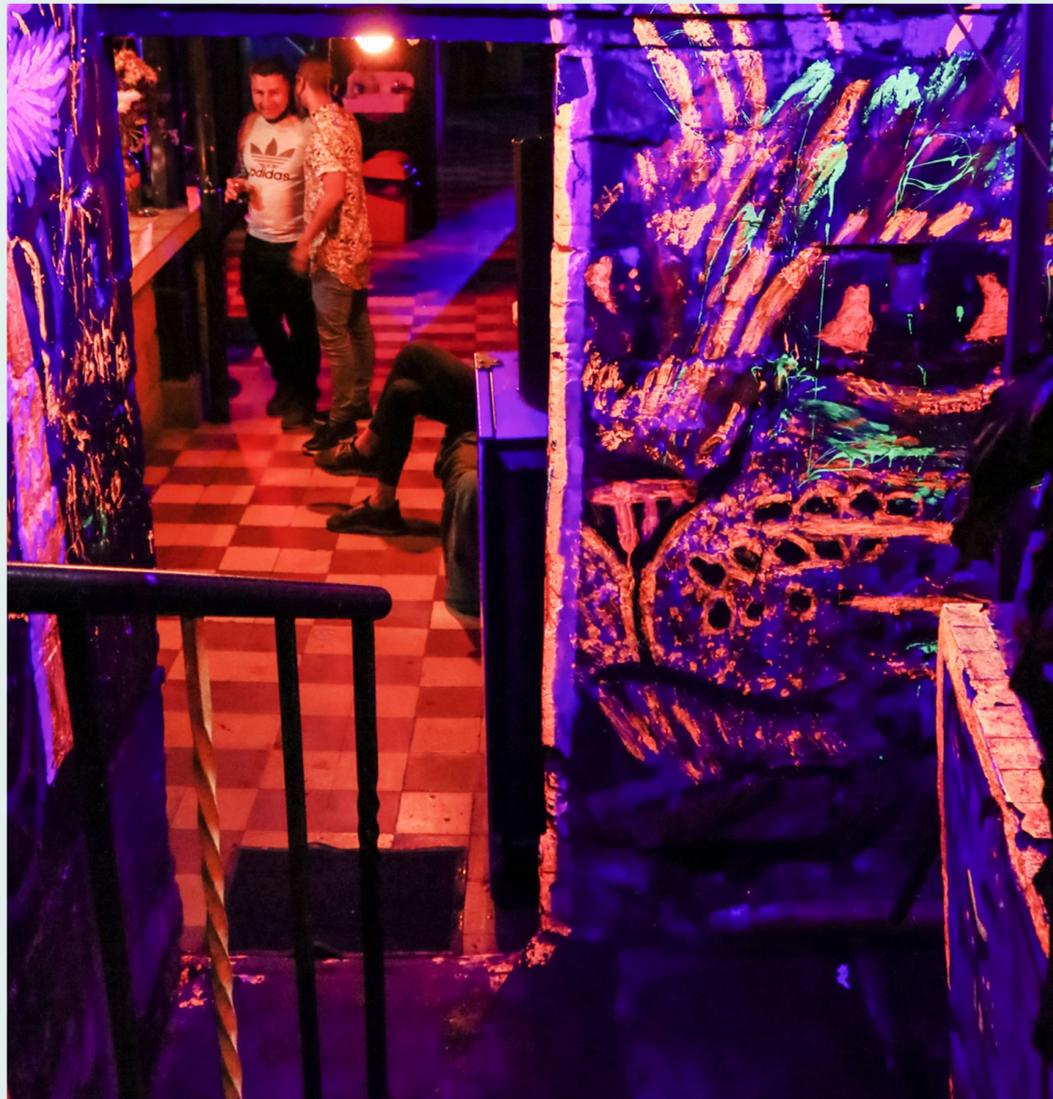
Centro cultural

Antes de la pandemia la casa se había convertido en alojamiento temporal y Alejandro se trasladó a zonas rurales cercanas a la ciudad, pero después de marzo volvió a habitar La Casa de la Luna para redescubrirla y brindarle cariño a través del man-



tenimiento que requiere una edificación de más de un siglo. “La Casa de la Luna es un centro cultural ahora. No es solo vender cerveza ni poner música. Aquí vienen artistas, colectivos, estudiantes, fotógrafos y cineastas a trabajar. La casa ha servido como locación de grabaciones de época y como plataforma para nuevos artistas y músicos reconocidos. Todos los días aparece gente nueva de diferentes sectores, géneros y tribus urbanas. Aquí viene gente desde los 18 hasta los 80 años. Viene gente de El Poblado, del centro y extranjeros. También viene la gente del barrio. La única restricción para el que quiera venir hoy en día es que no tenga fiebre.”

Alejandro quisiera adquirir los solares vecinos y hacer un gran Parque de la luna, quisiera llegar hasta el Cementerio de San Lorenzo, una cuadra y media atrás de la casa y hacer del centro cultural una marca que pueda salirse de sus límites arquitectónicos. El cómo se desarrollen los acontecimientos actuales dictará hasta donde llegará este sueño. Mientras tanto, Alejandro sigue haciendo su vida como arquitecto y pensando en grande, como la luna que entra algunas noches en su casa.



Si la va a visitar mejor averigüe si el show es público o privado, porque la entrada es con lista en mano.

Todos los 31 de diciembre hay una fiesta de año nuevo que es ya famosa en la zona y a la que llegan muchos extranjeros de paso por la ciudad.

Cine en el centro: desde el esplendor hollywoodense hasta las salas X

En su mejor época, el centro de Medellín llegó a tener hasta 25 teatros que proyectaban cine. Conozca cómo se habitó el centro a partir del séptimo arte.

Por: **Juan Moreno**

Fotos: **Omar Portela**

Cuenta la leyenda que “La ley del monte”, una cinta mexicana protagonizada por Vicente Fernández y estrenada en 1976, ha sido la película que más tiempo ha durado en cartelera en Medellín. Cerca de tres años continuos se exhibió en matiné, vespertina y noche, mientras la gente no paraba de entrar al **Radio City**, al **Odeon** y al **Junín II**, para salir llorando así se la hubieran repetido, tras el trágico final que tenía el melodrama ranchero dirigido por **Alberto Mariscal**. “Lleve sábana”, le recomendaban al que planeaba asistir a la función de la que todos hablaban en Medellín. Prácticamente nadie en la villa se quedó sin entrar a esta película.

Hasta entrados los años 90 esa era la foto en los cines del centro. Hasta 25 teatros en pocas cuadras, cada uno con su clientela. Cine culto, cine para adultos, películas comerciales, dobles, rotativos, estrenos y clásicos. También en **La Candelaria** existió el escenario más grande que recuerde la ciudad, el **Teatro Junín**, demolido en 1967 y donde casi cuatro mil parroquianos podían ver una película con boletas para palco, luneta o platea. Todo esto antes de que exhibidores, distribuidores y cinéfilos huyeran a las comodidades de los centros comerciales, más seguros y con una oferta difícil de igualar más allá de “nuestra deliciosa confitería”.

Para muchos habitantes de esta ciudad, su primera película fue en el centro y en uno de los primeros teatros, el **Granada**, en la carrera Bolívar cuando pasa por Guayaquil, donde también existió el **Kemper** (luego, **Metrocine**). Para otros, la primera vez que pisaron un teatro fue a ver otro clásico de nuestra cinefilia “**El mártir del calvario**”, cinta de 1952 dirigida por **Miguel Morayta**, este-

larizada por el español **Enrique Rambal** y considerada de culto por los feligreses, tanto religiosos como del cine comercial. Esta es tal vez la película más exhibida en la historia de Medellín pues cada año estaba una semana en cartelera, sin falta, hasta hace muy poco tiempo. Esta recreación bíblica era de peregrinación obligada hasta en las salas x

vaqueros, en los años 50 y 60 y las de karate, en los 70 y 80 fueron otras que mantuvieron activas las salas como el **Alameda** y el **María Victoria**, que ya comenzaban a sentir los rigores del paso del tiempo y las preferencias por otras zonas más residenciales para ver películas.



del centro, que cerraban sus puertas a los libidinosos del resto del año para dar paso a los piadosos que iban a sufrir con la historia de otra pasión, la de Cristo.

Cantinflas, **Pedro Infante** y **Jorge Negrete** fueron habituales en los cines del centro. Tan apetecidas eran las películas mexicanas que hasta hubo un teatro que se llamó así, el **Cine México**, degradado después, a finales de siglo, a una sala donde presentan películas de “cine rojo”. Las de

Los estrenos de “**La pasión de Jesús**” en el **Teatro Circo España** en 1912, “**Espartaco**”, en el **Teatro Roma** en 1960, “**La Guerra de las Galaxias**”, el 25 de diciembre de 1977 en el **Teatro Junín I** y el de “**E.T., El Extraterrestre**”, en 1982, así como “**El Campeón**” (1980), también conocieron largas filas en las aceras aledañas a los teatros. Así como grandes aglomeraciones hubo también para entrar al teatro **El Cid**, uno de los más grandes de la ciudad, para ver las películas en Cinerama y Cinemascope,

técnicas de gran formato con sus proyecciones en 70 mm. Las colas le daban la vuelta a la manzana para ver el estreno de “**Terremoto**” (1974).

En los 90 aun se recuerda la atención personalizada que tenía el **Cine Centro**, en la Avenida Oriental con Ecuador. **Luis Carlos Villegas**, un apóstol del cine en la Comuna 10, vendía las boletas y luego esperaba a la audiencia en las escalas de acceso a la sala, recomendándoles no ingresar comida ajena al local y no ensuciar la sala, mientras partía los tiquetes. Era una atención personalizada como nunca se ha visto. Hoy, **Cine Centro** es un centro espiritual, mientras el teatro **Metro Avenida** es una sede bancaria.

Cine en 3D

Uno de los más pintorescos teatros fue el **Balkanes**, en San Juan llegando a Bolívar, convertido en un conjunto de locales comerciales. “*De ese teatro decían muchas leyendas: que había cuchillo y bala, tanto en la pantalla como fuera de ella, y que la gente iba tanto a ver cine, como a dar cine, también que entraban dos y salían tres. Era muy inseguro*”, dice sonriente el periodista **Luis Alirio Calle**, testigo de la existencia de algunos teatros en La Candelaria.

La resistencia

Aún hay teatros viejos que funcionan en el centro de Medellín. “*Yo creo que el más antiguo que queda en pie es el actual Sinfonía, fundado en 1942 por Carlos Góngora como Sala Teatro España y que desde entonces funciona en Sucre entre Caracas y Maracaibo. Aunque no siempre tuvo esa vocación, pues fueron las películas del oeste y los musicales sus proyecciones hasta los años 70, hoy hace parte de las salas X de la ciudad y eso es lo que lo ha mantenido activo*”, recuerda Luis Alirio.

Góngora, a la sazón, también fundó el teatro **Radio City**, en la calle Caracas y que hoy es un pasaje comercial, destino que sufrieron otros teatros como su vecino el **Odeón**, el **Avenida** y el **Ópera**, ahora imperio... imperio del negocio de celulares de todo tipo.

A la vuelta de **El Cid** estaba el **Libia**, sobre la calle Perú, epicentro del “*cine de autor*” y donde se veía cine europeo y de festivales. “*Manon*”, “*¿Quién amará a mis hijos?*”, “*Tesis*” “*Betty Blue*”, “*Paris, Texas*”, “*Antonia*” y tantas películas del viejo continente tuvieron proyección y público allí, a una cuadra de la **Catedral Metropolitana** y hasta hace unos 15 años.

Nacido como **Guadalupe** y hoy conocido como **Gran Teatro Villanueva**, esta es otra sala que aun está en pie, también con cine no apto para meno-

Las películas argentinas y mexicanas dominaron la cartelera de los teatros en la época de mayor apogeo de los cines del centro.



ce otra alternativa a los cinéfilos. También está el teatro **Lido**, en el **parque de Bolívar**, que sirve de sede a la **Cinemateca Municipal**, pero ya con una vocación encaminada a los espectáculos en vivo.

Los que desaparecieron, como ya se ha dicho, se han convertido, en centros comerciales, talleres, edificios de apartamentos, bodegas y templos de toda suerte de credos. Pero eso, ya es otra película. ■

res de edad. Está ubicado en la carrera 51, cerca al centro comercial del mismo nombre.

Y tal vez la sala actual más importante del centro de la ciudad es la del **Colombo Americano**, sede por muchos años del **Cine Club Medellín** y la **Revista Kinetoscopio**. Tiene dos teatros en el tercer piso con cine de autor, festivales temáticos, ciclos, foros, presentaciones especiales y alguna que otra cinta de la cartelera comercial. Igual sucede en el **Ateneo Porfirio Barba Jacob**, que ofrece

En Medellín existió una junta de censura, que clasificaba moralmente las películas y permitía o desaconsejaba su proyección mediante avisos en los periódicos locales.

Agité Teatro y el encanto de un espacio cultural subterráneo que no irá más

Hace cuatro años el grupo teatral se ubica en un local subterráneo, un espacio muy particular, donde los integrantes del colectivo crean, hacen funciones y hasta hospedan a invitados especiales.



Mientras que para muchos el 28 de diciembre es una fecha relacionada con las bromas y la risa por la celebración de los Santos Inocentes, para el grupo de teatro Agité (léase Ayité) la de 2015 fue de esperanza y de una nueva etapa en su existencia, pues ese día conocieron el local donde se instalarían por tiempo indefinido.

La Corporación Cultural Agité nació en 2012. Alejandro Puerta Restrepo, su director, cuenta que en ese momento habitaban una casa arrendada en la comuna Robledo, pero el lugar sólo les servía para guardar el vestuario, la utilería y para ensayar las obras que tuvieran programadas.

En consecuencia, Agité rotó por muchos teatros de Medellín como el Matacandelas, Oficina Central de los Sueños, Elemental Teatro, La Polilla e incluso, hacían temporadas en Gestos Mnemes y Casa Teatro Tecoc en Bello. Todavía lo hacen, pero con menos frecuencia.

Sin embargo, el deseo colectivo era conseguir un lugar que permitiera almacenar la indumentaria, ensayar las obras y también, hacer las presentaciones al

Por: Luisa Fernanda Rodríguez

Fotos: Giuseppe Restrepo

La pandemia obligó a Agité a recurrir al internet para transmitir sus presentaciones, algunas gratuitas y otras con costo.



público. Por eso, el grupo comenzó a pensar dónde ubicarse y se inclinó hacia la comuna 10. Dieron inicio a una búsqueda exhaustiva, pero los elevados precios de los arriendos fueron un inconveniente. Entonces recurrieron a la Internet. La búsqueda incluso los llevó a pensar en la posibilidad de alquilar un salón social, sin embargo, el sitio ideal pronto llegaría.

“El aspecto principal era el espacial, o sea que realmente pudiéramos montar algo. El 28 de diciembre vinimos a verlo. Los compañeros de la corporación, entramos, empezamos a mirar y a imaginarnos aquí la posibilidad de tener ese pequeño teatro y ese pequeño lugar de creación, porque no solamente es el espacio para mostrar al público, sino el espacio para montar, para encontrarse, para hacer la junta que es tan necesaria, tanto en la creación como en la puesta en escena con el público”, explicó Puerta Restrepo.

Luego de notar que el sitio y el precio del alquiler eran apropiados para Agité, a los dos días entregaron la documentación requerida al propietario. El 2 de enero de 2016 ocuparon este singular espacio y todos

se pusieron manos a la obra para organizarlo, llenarlo con los enseres y a ver cómo iban a acomodar cada cosa para abrir en febrero de ese año, mes en que el público empezó a disfrutar de sus obras.

Anteriormente, allí funcionaba la bodega de una EPS y después una iglesia cristiana. Cuando el grupo de actores lo tomó, tuvo que comenzar por adecuarlo, pintando las paredes y el techo de color negro.

La distribución

El espacio es un sótano de un edificio de apartamentos, que queda debajo de una reconocida pizzería de la ciudad, en el barrio Boston, diagonal al Teatro Pablo Tobón Uribe. Cuando las personas entran, se encuentran con dos filtros, ambos con puertas de reja, lo que hace más seguro el lugar. El visitante abre la primera y el anfitrión abre la segunda. No hay timbre para evitar su molesto ruido en plena función.

Una vez se entra al teatro, el espectador encuentra un espacio pequeño y de forma irregular, pero bien distribuido. Luego del umbral de la puerta, al hacer un pequeño giro a mano izquierda y caminar pocos pasos, se puede encontrar una especie de mini bar en un lobby con mesas y sillas, todas de colores diferentes, donde se puede esperar mientras comienza la función, quizá acompañando el momento con una cerveza o una gaseosa.

Al momento de iniciar la presentación, la gente pasa al pequeño teatro, en cuyas graderías caben al-

rededor de 60 personas. Esta zona y el pequeño bar están divididos por grandes telones negros. “El espacio teatral se vuelve esta cajita negra”, añade el Director de la Corporación.

El sótano tiene cerca de 150 metros cuadrados. Formando una U alrededor del teatro, hay diferentes recámaras como una bodega para guardar la indumentaria, un camerino, una especie de taller; en otra zona está la lavadora y también una cocineta. Arriba está la oficina principal.

Diagonal al escenario hay dos puertas que conducen a unas bodegas pequeñas. Enseguida está una habitación con camarote para hospedaje de invitados foráneos. Otra oficina está detrás de la gradería y posterior a ella, se ubica un baño para hombres y otro para mujeres.

Pese a que el local es pequeño, la Corporación nunca había tenido la intención de irse a un sitio más grande. No obstante, tienen el sueño de alguna vez dar clases de teatro y allí no cabrían los alumnos. “Siempre se ha pensado en una sala de pequeño formato, íntima. Si migramos a otro espacio es por desarrollar el proyecto de la escuela, que es algo que está ahí, contenido”.

Hace pocas semanas el propietario del salón le entregó una carta al Director informándole que lo pondrá en venta y por eso le toca desocupar. Ya empezó la búsqueda de la nueva sede en La Candelaria, pues la idea es mantener el público que se ha cautivado allí.



Desde el 2 de enero de 2016, la Corporación Cultural Agité tiene como sede un local subterráneo diagonal al Teatro Pablo Tobón Uribe. En ese espacio tienen acondicionado un escenario con capacidad para 60 espectadores, además de un camerino, oficina y un acogedor bar.

Los recuerdos

Entre las cosas gratas para recordar está el haber podido recibir y hospedar allí a artistas de Argentina, Cuba, Centro América y grupos colombianos.

Además, “la inauguración del local fue muy bonita porque hablamos sobre la utopía de tener una sede, invitamos a Cristóbal Peláez (director del Teatro Matacandelas) y al director del extinto TPM (Teatro Popular de Medellín), Iván Zapata”, aseveró Puerta Restrepo.

Acerca de Agité

Cuando Alejandro Puerta estudiaba la profesionalización de artistas en la Universidad de Antioquia, tenía un grupo de unos cuatro compañeros con quienes hacía improvisaciones y otras formas de exploración de las artes escénicas. “Alguien nos dijo -ustedes sí son inquietos-, y esa palabra inquieto me quedó sonando” comenta, haciendo alusión a cómo surgió el nombre del grupo, sin embargo, no quiso adoptarlo porque ya la han utilizado mucho en Latinoamérica, entonces se puso a buscar significados en otros idiomas y resultó “agité”, que en francés significa inquieto o agitado.

El equipo está conformado por cinco personas. Alrededor del grupo de base están los elencos de las obras, que suman aproximadamente 12 personas y a partir de ahí cuentan con más colaboradores, con quienes hacen montajes externos para empresas y demás, alcanzando un total de 25 integrantes.

El colectivo hace creaciones propias y monta pocas obras de otros autores. Se inclinan hacia la comedia desde el clown de teatro; es decir, alejado del payaso de circo y también tocan temas como la realidad social actual, con humor negro; la comedia del arte y obras infantiles. ■



El colectivo teatral está preparando una obra especial para abrir la temporada de Navidad, además de otras actividades para empresas.

La calle de las zapaterías, años de tradición y reconocimiento

En los locales de la calle 49A con carrera 44, los zapateros, organizados un local tras otro, se esmeran en hacer un buen trabajo para que los clientes siempre quieran volver.

Por: **Luisa Fernanda Rodríguez**
Fotos: **Omar Portela**

Una vía corta y curva, ubicada detrás del edificio central de Comfama y del Club Medellín (calle 49A con carrera 44), es la ‘calle de los zapateros’, vía que anteriormente era el hogar de habitantes de calle y que lucía descuidada por las dinámicas sociales que lo anterior conlleva.

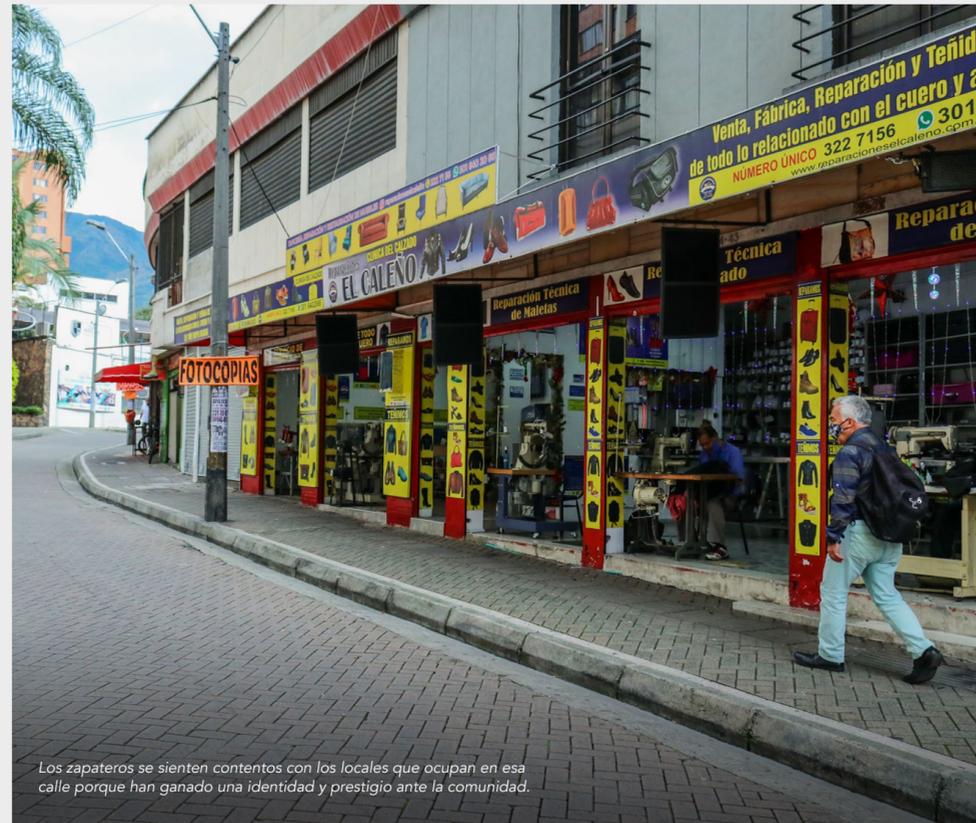
Durante la última década del siglo pasado ya existía allí una renovadora de calzado, pero la zona no era acogedora por ser insegura, por sus malos olores y tener mal aspecto. Sin embargo, empezó a ser poblada poco a poco por diferentes zapateros hasta lograr lo que es hoy, un sitio seguro y reconocido por el buen trabajo de quienes trabajan allí.

John Jairo López vino de Cali, su ciudad natal, a buscar mejores oportunidades a Medellín. Se estableció en un pequeño local de Ayacucho, donde se dedicó a la reparación de chaquetas y bolsos, pues sabía coser un poco. También se especializaba en abrirle huecos a las correas. Luego de 12 años de tener su negocio, tuvo que irse de ese local por el alto costo del arriendo.

Hace 11 años, un día cualquiera empezó a caminar para buscar el nuevo espacio y llegó a la característica calle curva, ahí encontró un sitio que se acomodaba a su presupuesto, lo tomó con dinero prestado y arrancó casi de cero con su negocio para reparar zapatos.

“La calle era muy sola, había mucho vicioso, mucho loco, mucho gamín que dormía aquí en la calle. Entonces yo empecé a venir temprano para poderlos parar... llegaba a las 7:00 de la mañana, los levantaba de buena manera... Yo les decía que no se quedaran en la calle, que no consumieran (drogas). Empezamos a hacer algo de aseo, a no dejar que tiraran basura”, recuerda el propietario de ‘Reparaciones El Caleño’.

En aquella época había un potrero que hacía las veces de parqueadero y por ahí mismo pasaban los buses hacia Buenos Aires. “Todo eso era una locura”, añadió Enrique Bustos, dueño de la



Los zapateros se sienten contentos con los locales que ocupan en esa calle porque han ganado una identidad y prestigio ante la comunidad.



Renovación de calzado, teñido de cuero, fabricación de zapatos y bolsos, son los principales trabajos que allí se desarrollan.



nizar la metodología para administrar el establecimiento. Adquirió un software para la facturación, a los zapatos y a otros elementos que llevan sus clientes les pone la fecha y la hora en que son llevados para reparar, les toma una foto y así pueden identificarlos fácilmente cuando deben entregar el producto listo.

A medida que pasaba el tiempo la remontadora iba prosperando, de manera que su dueño fue alquilando más espacios en esa misma cuadra, hasta alcanzar un total de seis, cada uno con su propia contabilidad y administración, pero con un mismo nombre y buen servicio. Paralelamente el entorno iba mejorando.

“Cuando arranqué aquí mi sueño era que esta calle fuera identificada como ‘La Calle del Calzado’, por eso he ido consiguiendo negocios aquí, más y más”, sostuvo el emprendedor caleño.

Antes de la pandemia, se contaban nueve locales en la particular curva, de los cuales seis eran de un solo dueño; sin embargo, la prolongada cuarentena le obligó a desocupar uno de estos seis. En toda esta vía se generan alrededor de 25 empleos.

Cada noviembre, López y sus empleados, desocupan los locales, los lavan, al igual que la calle y los avisos externos. Además, los pintan por fuera y por dentro y ponen los adornos navideños, asegurando que la experiencia de sus clientes siempre sea satisfactoria.

Una calle con vocación

En Medellín no hay otra vía con la identidad que tiene esta calle. En el centro existen otros puntos donde desempeñan sus labores otros zapateros como en Palacé, entre las calles 45 y 47, donde además hay peleterías, pero allí trabajan en el andén y no en locales organizados.

En esta calle se mezclan toda clase de historias. Están quienes con algo de experiencia en este servicio, que pocas veces puede conseguirse en otros puntos de la ciudad, buscaron la independencia económica y lograron sumar experiencia. Enrique Bustos es uno de ellos, pues anteriormente había trabajado en una renovadora de calzado y consiguió un local en venta, justo como lo había soñado.

También, están Maryluz Jaramillo y su hermano (propietarios de Reparaciones M & M), quienes trabajaban en una importante fábrica de productos de cuero, pero soñaban con tener su propio negocio.

Y finalmente, aunque no menos importante, están quienes encuentran en esta vía la solución de reparación a productos de los que no se quieren desprender, sea por algún valor sentimental o por la calidad de sus materiales. Para Juan Fernando Gómez, un joven comerciante del sector, este

El mejoramiento

El proceso para mejorar el entorno no estuvo a cargo de la Alcaldía exclusivamente, sino de los emprendedores que también hicieron su aporte.

Cuando John Jairo López llegó a esa cuadra había otra zapatería, con casi 20 años de existencia. Pertenecía a unos señores “que eran amigos del licor y las mujeres”, por lo cual, aseguró, el dinero no les alcanzaba y tuvieron que venderla.

A partir de eso, el vallecaucano vio que se le podía dar otro manejo al negocio y comenzó a orga-

Renovadora de Calzado Italia, quien lleva seis años con su local en la singular calle. Sin embargo, aclara que el establecimiento antes era de otra persona a la que se lo compró y, en total, su local tiene aproximadamente 30 años de funcionamiento.

Con el paso de los años la administración municipal arregló el sector, se pavimentó la vía y se eliminó el parqueadero; además, se trasladó la ruta de buses y “esta cuadra se volvió un paraíso”, aseveró el zapatero Bustos.

El sentido de pertenencia de los zapateros con el sector ha hecho que la calle curva, que ahora los identifica, sea un lugar seguro y de mayor transitabilidad para peatones

punto es su primera opción cuando debe arreglar algún zapato. Y aunque no vive en el centro de Medellín, se desplaza hasta la calle sin inconveniente por la calidad del servicio.

Y aunque los zapateros reconocieron que la cuarentena obligatoria, estipulada por las autoridades a raíz de la declaratoria de pandemia por el COVID-19, les trajo dificultades económicas, la reactivación económica les ha dado un respiro e incluso pudieron llegar a acuerdos de pago con los propietarios de los locales para reabrir sus puertas.

Aún en los momentos más complicados de cierres en La Candelaria, ninguno quiso buscar un local en otra parte de la ciudad, debido a que esta calle ha ganado prestigio por la seguridad, por la calidad del trabajo, además del excelente servicio al cliente y los precios competitivos en cada establecimiento, lo que la caracteriza como un punto de referencia en la comuna 10.



Dany, la heredera

40 de sus 53 años los ha vivido de presentación en presentación en el Parque de Bolívar, incluso muchos dicen que ella en sí misma es patrimonio cultural de la ciudad. Esta es su historia.

Por: **Juan Moreno**

Foto: **Juan Fernando Ospina**

Quien que se precie de caminar por el centro de Medellín, de conocerlo, ha escuchado mencionar a **la Dany**, uno de esos personajes típicos que hereda la tradición de los personajes típicos de toda la vida como *Cosiaca*, *Calzones*, *Cara Bonita*, *Majija*, *Masato* y *Marañas*. Es común verla recorriendo las céntricas calles con su carrito de mercado lleno de cachivaches, que constituyen la escenografía de sus espectáculos al aire libre, adentro, van algunos personajes que también cobran vida gracias a la magia y el saber hacer de esta artista, que lleva casi 40 de sus 53 años presentando sus obras en el Parque de Bolívar, casi sin falta.

“Yo me volé de mi casa en *La Milagrosa* y me fui a vivir a la calle estando muy chiquita porque mi papá me discriminaba y me maltrataba mucho. Al principio modelaba en el atrio de la iglesia del parque Bolívar. La gente me aplaudía y yo cantaba con maracas, panderetas, palitos, lo que hubiera. Recogía plata para pagar una piccita y comer en el restaurante *La Estancia* ahí en el parque. Me hice amiga de todos los ladrones, sacoleros y viciosos. A veces dormía con ellos en el edificio de los espejos y ellos me respetaban porque yo fui mariquita desde niño, de toda la vida”. Comienza a contar su historia quién nació un día de 1967 con los apellidos Castaño Quintero y que hoy se define como “artivista”, artista y activista por los derechos de la comunidad LGBTIQ+.

Sus palabras no tienen filtro, es espontánea, directa, ácida y dulce. A veces se le quiebra la voz recordando pasajes de su vida y otras, habla como si

se estuviera refiriendo a otra persona. Sube y baja sus emociones con un dominio que solo dan los años y años de trabajo. “*El show de Dany*” aparece en las agendas de la programación artística y cultural de diversas publicaciones y de la programación oficial de las actividades lúdicas que se llevan a cabo en Medellín. Dany, no solo es famosa en el centro. También la conocen en todo Medellín, no hay cómo negarlo. A nadie le niega una entrevista, una foto, un video, un trabajo académico.

“Yo he sido payasa toda la vida, me encantaba vestirme de mujer desde chiquita. Siempre he llenado el Parque Bolívar. Hay días en que me hacía 500.000 pesos, pero casi todo me lo robaban. Mis obras son todas improvisadas, yo solo ensayo con mis muñecos porque si planeo no me sale bien. Yo me inspiro en el sufrimiento, recordando los maltratos de mi papá y las alegrías con mi mamá. Toda la vida he sido muy desordenada y cojo cualquier vestuario y hago las obras con cosas cómicas que hagan reír a la gente. Soy charrísima porque todo lo hago al revés. La idea es que la gente disfrute, que se olvide de todo. Esa es mi felicidad”.

Dany se caracteriza también por su caridad con los habitantes de calle, por organizarles fiestas, reuniones y entregas de regalos. “Aguanté tanta hambre y pasé tantas necesidades que eso me hizo ser noble y sentimental con los demás”. También, los asistentes a su espectáculo son parte activa de él. “Hay gente que se va toda bonita, estrenando, y de malas, le cayó un huevo, le cayó harina, espuma, gaseosa, Frutiño....Y nunca he tenido problemas con la gente, aunque ha pasado de todo en

mi show, nadie la coge contra mí, siempre me han respetado y querido”.

Dice que el único apoyo “oficial” que ha tenido es del **Museo de Antioquia**, pero quiere un escenario donde la gente no se moje y donde haya vigilancia. “La gente mala me ha extorsionado, me ha secuestrado y me ha dado escopolamina, como la última vez. Me he sentido rechazada como artista, me han ofendido, pero lloro, levanto la cabeza y sigo con mi show”.

La fama, algo no tan bueno

Como ya es famosa en el centro, la Dany ha salido hasta en programas nacionales de televisión, pero eso, al final, como que no es tan chévere. “Me sacó Pirry en su programa y eso fue horrible, me secuestraron, me extorsionaron, me quitaron la plata (se le quiebra la voz) y yo no tengo plata. Lo más rico que tengo es el teatro, eso me da felicidad. Pero nunca se me ha subido la fama, sigo siendo humilde, me quedo callada así me rechacen, soy muy noble”, agrega.

Para ella, lo mejor de actuar en el centro es que la gente la reconozca, la salude, que le haga regalos, que la saquen en los periódicos. “Pese a lo dura que es la calle y a ser uno tan ingenua y tan torpe, yo vivo feliz con mi gente y con mis obras a pesar de ser una chica trans”. Después de lo que le pasó (dice que le dieron escopolamina y le robaron todo) ella quiere conseguir todo lo que perdió y renacer, porque su vida es actuar en el centro, su centro **■**